

RAFAEL GUILLÉN

AMOR,
ACASO NADA

EDICIONES DEL EXCMO. CA-
BILDO INSULAR DE
GRAN CANA-
RIA

Entre los primordiales propósitos del Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria se ha contado siempre el estímulo y exaltación de todas las actividades del espíritu en la Isla. Para hacer más eficiente ese propósito, el Excmo. Cabildo, a través de su Comisión de Educación y Cultura, ha emprendido unas cuidadas ediciones que abarcan diversas ramas del saber y de la creación literaria.

Entre otros textos, se publicarán antologías, monografías y manuales en que se presenten y estudien aspectos relativos a nuestras Islas; y se reeditarán, además, obras que por su rareza, por su importancia o por su antigüedad, merezcan ser divulgadas. A competentes especialistas se encomendarán los prólogos y notas, así como cada una de las ediciones.

* * *

Esta empresa editorial constará de las secciones siguientes:

- I.—Lengua y literatura.
- II.—Bellas Artes.
- III.—Geografía e historia.
- IV.—Ciencias.
- V.—Libros de antaño.
- VI.—Varia.



Ediciones del Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria
(Comisión de Educación y Cultura)



I

LENGUA Y LITERATURA

(Al cuidado de Ventura Doreste y de Alfonso Armas)

R.1.663

RAFAEL GUILLÉN

AMOR, ACASO NADA

1968

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
LAS PALMAS DE G. CANARIA
N.º Documento <u>51707</u>
N.º Copia <u>51719</u>



DEPÓSITO LEGAL G. C. 58 - 1968

LIT. SAAVEDRA - LA NAVAL, 225/227 - LAS PALMAS

PLAN GENERAL QUE SIRVIÓ DE BASE PARA LA COM-
POSICIÓN DE ESTE POEMA :

	Empieza en la pág.
<i>Introducción (deseo de comunicación)</i>	7
<i>Algunas ideas sobre el amor</i>	9
<i>Deseo de comprensión</i>	11
<i>Oscura ausencia de amor</i>	13
<i>Defensa contra la soledad</i>	15
<i>La naturaleza, fuente de amor</i>	17
<i>Deseo de conocimiento</i>	19
<i>Presencia del cuerpo</i>	21
<i>Trascendencia en el amor</i>	23
<i>Conclusión (amar es dar)</i>	25

SI tú desembocaras,
si tú, un día, incontenible y mansa,
desembocaras en mis ojos, estos
que tan mal me defienden, y anegases
hasta el reducto último
desde el que intento en vano remontarte...
Si tú te desbordaras, si ascendieras
desde mis pies, medrosa, sutilmente,
como un aroma sumergido, como
un humo que creciese por el suelo
del otro lado del espejo, hasta
empañar la eternidad... Si tú
te adelantaras, si tú fueras,
si, como fuera, fueras hasta el borde
de mis palabras, y volviendo un poco
la razón, te atrevieras a asomarte
sin vértigo a la tierra...
Si tú, mi atardecida ya, mi acaso
boreal certidumbre de que paso
muy cerca del amor, te desprendieras
de tu suavísima envoltura y dieses
sentido a mi reclamo...
Si tú, desierta, solitaria, huída,
apausada ante mí como la bruma



baja que pugna en vano silenciosa
por desasirse de los árboles, ¡ah!, si tú,
extendida bajo mi voz, dejases
que te lloviesen mis palabras, una
por una, hasta cubrir despacio
tu inmensidad, si dieras
cabida a mi tristeza...
Si tú, mi astral llamada, inaccesible
dentro de la constelación de tu belleza,
no midieses en años luz el vasto
espacio que nos une;
si tú, que sabes que mi luz no es propia,
detuvieses tu curso unos instantes,
una vida tan sólo,
el tiempo que yo tardo en reflejarte...
Si alguna vez tú, etérea,
cegada por la luz que te proyecto,
te acercaras a la distancia justa
que permite al calor comunicarse;
si me tendieras ese puente, o esa
tan frágil pasarela
que te une con lo demás del mundo;
si pudieras, si tú supieras, ¡ay!,
si quisieras, con un sencillo soplo
dar justificación a este derroche
de voz; si, de algún modo,

tú, equidistante siempre de las muchas
puertas del sentimiento, te quedases
por una vez inmóvil, en el centro
mismo de mis palabras...

Amor es detenerse junto a todo
sin tocarlo. O es quizás adentrarse
por todo sin pensar. La misma fuerza
de su contradicción lo simplifica.
Para el amor, a veces es bastante
una pensada mano,
un dedo laborioso por la frente
que va ordenando los recuerdos, dando
nombre a las cosas, fieles cosas
sobre las que basamos cada instante
nuestro menguado impulso;
a veces basta ese sonido incierto
que hace Dios al pasar,
o esa voz de mujer que roza un día
nuestra orilla interior, corporeizando
todo lo bello que buscaba apoyo
vagando en derredor del alma. Amor
es como una presencia luminosa
de la que toman claridad los cuerpos,
las formas, el espacio,
todo cuanto circunda este diario

incorporarse al giro acompasado
del universo. Amor es la conciencia
de existir para otro,
de que el pecado llega en el momento
en que cesa esa proyección. Y no,
no es medida la muerte, sino, acaso,
nuestra capacidad para el recuerdo.
Yo sé que a veces basta,
para el amor, el gesto imperceptible
con que se asiente o se protesta, el modo
de esperar la mirada, la manera
de presentir la amada cercanía
que nos envuelve, aún antes
que el conocido olor, aún antes, mucho antes
que la vista y el tacto.
Yo sé que puede ser amor el lento
trabazón de minutos, la maraña
de horas que entrecruzan cuerpos, almas,
como lianas en la selva. Sé
que puede ser amor esa diaria
prisión, donde las rejas
son de un humo durísimo y el muro
tan frágil e irrompible como el agua.
Porque el amor nos cerca desde dentro.
Porque el amor penetra sin presencia.
Porque el amor se apoya en lo más débil.

Puede ser la palabra, o el recuerdo
de aquel silencio exacto. También puede
ser una vida joven que nos deja,
o una vejez, de nieve compartida.
Aunque el amor da vida sólo a aquello
que ya está vivo. Es ésta su tragedia.

Si tú, mi abrupta cima, coronada
por tus cambiantes nubes, te erigieras
poderosa en el móvil
de mi ser sin motivo, y dices cauce
a este torrente turbulento y cálido
con el que me despeño de tu altura...
Si me invitases hasta
tu seno de rescoldo, en el que ardiese
la comprensión, no la piedad, tampoco
la aquiescencia, ni el gesto
maternal, ni la entrega,
tampoco, no, el amor, digo tan sólo
la comprensión, una rendija, un punto
instantáneo en lo vasto
de tu mirada, en lo terriblemente
tibio, envolvente, espeso,
tenaz de tu mirada,
y de ese punto, o luz oscura, fuese
fluyendo la conciencia



de que por una vez tú, viva, comprendías...
Si me cogieses de la mano, o yo
me encontrase con tu cintura cuando,
los brazos extendidos, voy andando
por este laberinto
de juicios, de preguntas, y supiese,
no con certeza material, con otra
certeza, que va unida
a todo acto de creación, y yo,
repito, comprendiese
que por el acueducto de ese tacto
se trasvasaban nuestras mentes, hasta
ser tú la que pensabas
con el impulso de mi idea, y viese
allá abajo aflorar mi pensamiento,
subir como burbuja, desde el fondo
del abismal estanque de tus ojos...
Si tú, que eres el molde
receptor de este informe sentimiento,
configurases ante mí la estatua,
sólida ya, del sueño
que voy vertiendo en ti; si tú te hicieses
llanura, o estuario, o nemorosa
planicie dilatada,
para esta extraña pena que amontono
verso tras verso, pérdida tras pérdida,

esta pena fluvial que arrastra inerme
polvo de mí, y te busca
como un final donde empezar de nuevo...
Si tu rostro no fuese
mi desembocadura fracasada...

Tú eres la oscuridad. Abatido
en lo más hondo de este pozo, inmerso,
rodeado por una noche espesa
que se coagula en torno de mis ojos, quieto,
clavado en este negro
vacío, que penetra por mis cuencas
paralizando mis sentidos, busco
la clara sensación serena, ese
rozar de ala o labio, que es el ángel
anunciador de tu presencia. Espero
sumido en las tinieblas,
porque tú eres mi noche, porque habitas
su centro mismo milenario, porque
la noche es el color total que envuelve
tu ausencia y mi deseo. Tú, mi noche,
una movible noche sigilosa,
de algas, de tentáculos suaves
que ondean en lo oscuro,
que pueblan tu misterio de infinitos
contactos perezosos, que dan forma

y peso y movimiento a este negro
silencio ciego en el que me debato.
Tú eres el negro lago que refleja
mi otra oscuridad, que sin ti asciende,
se agiganta, se expande
hasta anegar mi soledad. Camino
entre los recios negros árboles, que dejan
caer la lluvia, repensada,
hecha de nuevo entre sus hojas, otra
lluvia distinta, a la medida
de mi tristeza. Vago,
entre los altos setos de la noche,
por la umbría de sus cañaverales
que, apostados junto al camino, ocultan
cualquier posible punto luminoso
que delate tu terca cercanía.
Hundo en el limo mi pisada, y sigo,
mientras un cielo, o nada, o inminencia
que amenaza con desplomarse, empuja
mi contenido espanto y me contrae
grotescamente rígido, espectante
sobre mi propio amago de defensa.
Tú eres todo lo negro que he pensado
lejos de ti; lo negro
que bebí en tu presencia, tan distante,
la neblinosa voz que me persigue,

mientras braceo en esta noche densa
y espero un golpe, o un talud, o un dardo
de luz que me derribe.

Si tú, que eres yo mismo en la otra orilla,
en la vertiente opuesta de la carne,
situada ante mí tan sólo para
dar un norte a mi impulso ;
si tú, silueta mía desdoblada,
sombra tal vez, acaso
proyección de mi sueño o mi egoísmo ;
si tú, incompleta y sola,
acercases un día tus perfiles
hasta los míos, tuyos en principio,
regresando tu miedo hasta mi miedo,
tu esencial aislamiento hasta mi isla,
volviendo a mí, tu origen,
el pensamiento que te crea, el pulso
que sostiene tu inexistente imagen...
Si tú, inasible, sobrevoladora
de mis palabras, descendieses sólo
con la mirada, aunque sólo fuese
con el aire de un ademán, bastante
para envolver mi soledad, si dices
protección a mi canto...
Si tú, conocedora de mi umbrío



paseo solitario, en que los pasos
hacen crujir las hojas, mientras todo
el invierno gravita en el recuerdo ;
que conoces el frío de mi casa
vacía, en la que sube
la soledad como la hiedra, y cubre
terriblemente lenta las paredes,
las mesas, los retratos,
la perdida tibieza de las camas deshechas ;
en la que crece el abandono como
un musgo asolador, mientras las perchas
exhiben silenciosos
vestidos empolvados ;
si tú, que habitas desde lejos todo
el temporal espacio y su enfermiza
vaciedad que aprisiona mis sentidos,
irrupieses un día, como un golpe
de mar, como un alud
de brasas encendidas, como un rudo
percutir de timbales,
no conquistando, no, tampoco como
libertadora, sino sólo para
estar conmigo en el dolor, sentada
junto a mi soledad, queda, ovillada
con mi cansancio mismo...
Tú, por quien yo podría

saber que soledad más soledad
no son dos soledades...

Bosques, acantilados, mar, montañas,
viento, caminos, lluvia, campos, árboles,
nombres que esperan la amorosa causa
que los ponga de pie para la danza
del corazón, para enlazar la urdimbre
en que se teje y se desteje tanta
razón de vida. Miro
contra las altas torres blanqueadas
deshacerse las nubes bajas. Busco
ese último sol, que aún se defiende,
cuando cede la tarde y agoniza
lo que queda de luz sobre los charcos,
cuando hay unas gotas, todavía
vapor, o sueño, o nada,
que están lloviendo terca, dulcemente
en toda la tristeza de los hombres.
Camino sobre el mar; algo me impulsa
por su salada transparencia. Hundo
los remos, corazón abajo; cruje
la barca, y gime y cruje
de proa a popa el armazón cansado
de mi ternura navegante. Lejos,
contra las rocas que me llaman, frota



la mar su lomo, como un perro
contra las piernas de su amo. Lejos,
donde la brisa pone en movimiento
el litoral oscuro, y es la tierra
la que se balancea ante el empuje
de tanto amor y de hermosura tanta.
Viene mi amor conmigo a la montaña,
donde una sensación de agua sube
de los hondos barrancos
rumorosa, recuerdo de frescura; donde
los altos pinos vacilantes riman
su flexible seguridad y la gracia
del alto vuelo airoso;
donde peñas, vaguadas y colinas
pugnan amontonadas, se debaten
por alcanzar la última bandera
de la nieve que ondea en el azul.
Y el implacable sol espejeando
en los ríos lejanos, afilando
sus cuchillos contra la roca viva.
Y el tomillo, y la jara, y la retama
dando aroma, envolviendo
de una sutil presencia inaprensible
todo este amor, toda esta plenitud que, ingrátida,
descansa recostada por las cimas.
Y el viento, siempre el viento, como el alma

de la montaña, hablando,
recorriendo, palpando
la configuración de su grandeza.
¿De dónde es este amor, que así rebasa
su natural medida, y se despliega
conquistador, y a un tiempo sometido
a la naturaleza?

Si tú te descubrieras, si desnuda
me guiases en esta tentativa
ingenua de abrir puertas y más puertas,
en la antesala siempre de tu huidizo
conocimiento, si dejases
una rendija abierta, el solo espacio
por donde cabe una mirada, o una
mano implorante buceando
tu realidad inasible, si entreabrieses
ese silencio, o ese aire sólido
que amuralla tu encastillado gesto
de apacible poder, de soberana
y tierna lejanía...

Si tú, que sabes que a tu paso, al aire
de tu vestido, al leve tacto
del halo que te envuelve, se desvela
el misterio de amor, la oculta causa
que da vida a las cosas...

Si tú, que sabes que el amor enraiza
bajo los surcos del conocimiento,
que toma savia como la vid, que crece
fuera y dentro del alma, como el nudo
de la cepa que anuda
el aire con la tierra, prefirieses
mostrarte sin tu gala
de lujuriosos pámpanos, prestando
solidez, reciedumbre a este inseguro
sentimiento amoroso que te palpa...
Si te abrieses, arriba,
sobre mi simple estar, sobre la estatua
de lo que quiero ser, como un desgarró
entre las nubes densas, o allá abajo,
concéntrica, abismada,
como el agua tocada por la gota
del agua, como el pozo
que demuestra al copiar el alto cielo
su propia inexistencia...
Si me dejases entrever el dorso
de tu belleza, la razón opuesta
de tu asidua presencia, la otra cara
de esa pantalla muda
que refractando todos mis impulsos,
no los devuelve, no, ni los absorbe,
tan sólo los desvía, esto es lo triste,

y no sé a dónde ¡ay!, pues ni siquiera
pretende enriquecerse al despojarme...
Si mi conocimiento te alcanzase,
si consiguiese disipar la duda
de si te busco a ti, o busco de nuevo
lo que te tengo dado...

Asomado a tu cuerpo ¡ay!, de bruces
en el brocal de toda tu hermosura,
me miro turbiamente
reflejado, borroso, desleído
en tu tersura transparente. Aspiro
tu límite tristísimo,
la nada muda en la que te prolongas,
la acuosa nada gris que se agazapa
amoldada al contorno de tu espalda.
Sigo tus pasos sinuosos, tensos;
acomodo mi ritmo al obsesivo
lento giro espacial que evoluciona
en torno a tus caderas.
¡Ah, tu andar, la más pura
revolución del aire!
Un sistema redondo, de planetas
maleables al solo pensamiento,
gira y gira, y me enloda en una suave
insinuación de tactos negligentes.

Una selva de manos,
un turbio mar de ojos derretidos
se mueve en ondas, cálido, intentando
aprisionar cualquier fugaz partícula
de luz que te abandone.
Tu adivinada suavidad. La lisa
tibieza transmitida
por un roce, tan sólo comparable
por su fluidez a la llegada incierta
de un pensamiento. Todo
el calor de los hombres, contenido
bajo tu falda. ¡Ay! ; tu peso en carne
gravitando sobre el delgado filo
de mi mirada fija y mi apetencia.
Tu voz, como un espeso
baño de miel caliente, como el mosto
de tu exprimida madurez, resumen,
conjugación del sexo y del espíritu ;
tu voz, como un cristal opaco y blando
que cubre a un tiempo que desvela una
oscura ternura inconfesable ;
tu densa voz que amaso entre mis manos.
Tus dulces ojos lujuriosos, ese
mirar desnudo, quieto, en el que un dejo
de inestable ironía cела en vano
la franqueza del ansia ;

ese mirar consciente,
groseramente delicioso, sabio,
tras el que todo el cuerpo en vilo espera;
ese mirar sin tiempo
mientras la piel recuerda y adivina.
Tu maliciosa ingenuidad, tu turbio
candor, abanderado
de la soltura de tus pechos, blancos,
saltarines, gozosos,
tus altos pechos imposibles. Ese
sonreír desde dentro, esa inconsciencia
que el agua misma ofendería. Bebo
el halo que te envuelve, porque pienso
que es posible que el cuerpo, que tu cuerpo,
no se adapte a los límites del tacto,
que no termine en ti, que continúe
acaso en tu más íntimo
olor, que alcance a todo
el aire que te cerca. Y sigo, y sigo,
siempre invisible junto a ti, sin otro
dolor que no seas tú, ni otra ternura
que la que mansa, silenciosamente
resbala de tus hombros.

Si tú me sostuvieras,
si con tu aliento en alto me elevases

por encima de mí, y de ti, si fueses
como esa rama o cable
que alimenta la altura de los pájaros...
Si tú, mi dulce pértiga amorosa,
me dieses ese impulso,
esa fracción pequeña de mi mismo
impulso, que sería
esfuerzo mío, sí, pero basado
en tu tensión, con el que tal vez fuera
mi salto de una curva suficiente
para rozar a Dios,
para rozar, acaso, la alegría...
Si erguida tú sobre mi barca, hicieses
de tu cuerpo durísimo, de toda
la envergadura de este amor, un mástil
donde izar el velamen,
donde fuese posible aunar los vientos
contrarios que me arrastran,
dando rumbo, marcando una segura
ruta a mi navegar, que sin ti escora
del lado más humano y torpe siempre...
Si quisieras, si tú supieras darme
la redondez de un hombro,
la débil valla de una frente, el tenue
basamento de un pie sobre la tierra,
algo tan poco como

lo que tarda en llegar una palabra,
o lo que pesa una mirada, pero
que al ser parte de ti, fuese en mi masa
la levadura justa, la semilla
en mi besana, el viento
en mi viejo molino... Si, elevada,
ciprés, o campanario, convocases
en una sola dirección, cual fuera,
mis toscos movimientos...
Si tú, extendida por la tierra, hicieses
de tus brazos caminos, de tus piernas
caminos, sí, caminos
de las anchuras de tu amor, por donde
mi andadura tuviese algún sentido
más que sentir tan sólo, algo concreto
por que batirse, y siendo
siempre a través de ti, fuese imposible
discernir entre ti, medio tan sólo,
o ti, fin en mis manos
para llegar a este amoroso medio
de conseguir, teniendo, lo que busco...

Pero el amor, que en vano pide espejos
donde existir, que sabe
que toda imagen exterior es sólo
su proyección, su sombra luminosa,



que se basta a sí mismo reflejado ;
pero el amor, que inventa su destino,
sabe que tú, mi amada, recreada
en cada vibración, dentro de cada
matiz del sentimiento,
eres tan sólo el leño necesario
para su llama, el árbol que delata
la presencia del viento, el mudo objeto
desde el que sube lenta,
como un humo, como una veladura
sutil, toda la inmensa
ternura que en el hombre
vaga ciega buscando donde asirse.
Amar es dar. Sólo el amor se mide
por lo que ya no queda. Toda entrega
enriquece al dador. Por eso, ahora,
desde mi soledad, triste, abrazado
a tu ausencia de mármol, a tu acaso
no existir, yo te canto
mientras tú tomas forma entre los versos
de este vasto poema
de amor, de muerte, o nada.

ESTE LIBRO, CUYA EDICIÓN CONSTA
DE QUINIENTOS EJEMPLARES, SE ACABÓ
DE IMPRIMIR EN LOS TALLERES
DE LITOGRAFÍA SAAVEDRA,
LA NAVAL, 225 Y 227
LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
EL DÍA XIV DE DICIEMBRE
DE MCMLXVIII

Casa-Museo de Colón
Colón, 1. Las Palmas.

I.—LENGUA Y LITERATURA.

1. Ignacio Quintana, Lázaro Santana y Domingo Velázquez: **Poemas.** (Publicado).
2. Luis Benítez: **Poemas del mundo interior.** (Publicado).
3. Fernando González: **Poesías elegidas.** (Publicado).
4. Sebastián Sosa Barroso: **Calas en el Romancero de Lanzarote.** (Publicado).
5. Juan Marrero Bosch: **Germán o sábado de fiesta.** (Publicado).
6. Agustín Espinosa: **D. José Clavijo y Fajardo.** (En prensa).
7. José Pérez Vidal: **Poesía Tradicional Canaria.** (Publicado).
8. Manuel Alvar: **Estudios Canarios.** (Publicado).
9. José Batlló: **Una Historia de Amor.** (Publicado).
10. Rafael Guillén: **Amor, acaso nada.** (Publicado).

II.—BELLAS ARTES.

1. Alberto Sartoris: **Felo Monzón.** (Publicado).
2. J. Hernández Perera: **Juan de Miranda.** (En preparación).

III.—GEOGRAFÍA E HISTORIA.

1. J. M. Alzola: **Historia del Ilustre Colegio de Abogados de Las Palmas de Gran Canaria.** (Publicado).
2. Marcos Guimerá Peraza: **Maura y Galdós.** (Publicado).
3. M. Luezas: **Geografía de Gran Canaria.** (En preparación).
4. Dr. Juan Bosch Millares: **Historia de la Medicina en Gran Canaria.** (Publicado).

IV.—CIENCIAS.

1. Dres. Bosch Millares y Bosch Hernández: **El síndrome de Gardner-Bosch.** (Publicado).
2. José Murphy: **Breves Reflexiones sobre los Nuevos Aranceles de Aduanas.** (Publicado).
3. Günther Kunkel: **Helechos cultivados.** (Publicado).
4. F. Estévez: **Flora canaria.** (En preparación).

V.—LIBROS DE ANTAÑO.

1. D. J. Navarro: **Recuerdos de un noventón.** Estudio preliminar de Simón Benítez. Notas de Eduardo Benítez. (En prensa).

VI.—VARIA.

1. Luis Doreste Silva: **Romance de la isla al paso de Cristóbal Colón.** (Publicado).
2. Luis Doreste Silva, Juan Jiménez, A. G. Ysábal: **Poemas.** (Publicado).

